

Ciencia y crisis: *¿déjà vu o jamais vu?*

Javier López Facal

De la mano de los colaboradores del número –muy comprometidos con la política científica española–, SEBBM plantea a sus lectores un reto: ¿seremos los científicos españoles capaces de aprovechar la presente crisis económica para repensar el modelo y alcanzar un sistema más eficiente, más competitivo, más exigente y más decididamente orientado a la excelencia?

Que se produzcan recortes presupuestarios en el gasto de I+D, cuando cambia el ciclo económico y llega una crisis, no debería extrañarnos, porque se trata ya de una bien asentada tradición patria: a partir del año 1991, el gasto en I+D estuvo bajando hasta que se recuperó en el 95, pero el incremento de este año resultó tan poco duradero que en 1996 volvió a descender en nada menos que un 7,9 %.

En la primera legislatura de Rodríguez Zapatero (2004-2008) se produjeron unos incrementos presupuestarios continuos y muy generosos, para lo que había venido siendo habitual en el sector pero, de nuevo, al instalarse la crisis entre nosotros, una de sus primeras víctimas fue el gasto en I+D.

Este último tobogán presupuestario por el que nos estamos deslizando no nos ha pillado, pues, de nuevas a quienes venimos observando la evolución de los presupuestos en I+D y venimos denunciando su comportamiento espasmódico. Éramos conscientes, en efecto, de que sólo podíamos aspirar a que se priorizara

este gasto en época de bonanza, pero que, cuando viniesen mal dadas, volvería a ser posteriorizado sin mayores miramientos porque, al fin y al cabo, no se trata de una política urgente y, además, en el pasado los recortes no habían solido tener un mayor coste político o social.

Hasta aquí, pues, lo tradicional, lo consabido, el *déjà vu*.

Ocurre, sin embargo, que quienes protestábamos en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado éramos muy pocos, y nuestros alegatos solían ser recibidos con una condescendiente displicencia por los responsables políticos, que consideraban la I+D como una fruslería que sólo interesaba a algunos investigadores del CSIC y a contados profesores universitarios.

Pero sucede que el sistema español de I+D ha seguido creciendo, desarrollándose e institucionalizándose y han ido apareciendo nuevos foros e interlocutores que anteriormente no participaban en este debate, simplemente porque no existían.

Así, por ejemplo, en el año 2000 se creó la Federación de Jóvenes Investigadores para dar cuerpo al movimiento Precarios

y en el año 2003 se confederaron todas las sociedades científicas españolas formando la COSCE, la Confederación de Sociedades Científicas de España, y, de esta forma, cuando se anunciaron los recortes presupuestarios para 2010, el pasado mes de septiembre, no sólo saltamos a la palestra los recalcitrantes de siempre, sino que estos dos nuevos grupos de presión entraron en el debate con toda su artillería y, de este modo, empezaron a aparecer artículos en la prensa, manifiestos y protestas más o menos multitudinarias, amén de gestiones directas y más o menos discretas en los despachos de las autoridades competentes.

El ruido producido se hizo así audible incluso para el gobierno, los partidos políticos, el parlamento y los líderes de opinión y, de esta forma, el recorte en I+D+i se situó en el centro de la arena política y se convirtió en una cuestión de Estado.

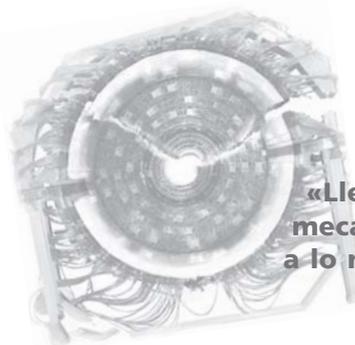
Este hecho es totalmente nuevo y, por lo tanto, tenemos que enmarcarlo en la categoría del *jamais vu*.

Tengo la impresión de que esta es la primera vez en la historia de España que las protestas del sector ante un recorte de los

presupuestos destinados a I+D+i crean un cierto revuelo político, mediático y parlamentario y que, en consecuencia, gobierno y parlamento se ven inducidos a enmendar sus propuestas iniciales y a incrementar el volumen de gasto de la Función 46.

Es muy novedoso, asimismo, que todos los grupos políticos, casi sin excepción, hayan hecho solemnes proclamas en defensa de esta política pública y hayan rivalizado en hacer pomposas declaraciones sobre su necesidad para cambiar de modelo productivo.

Para que se haya producido este insólito cambio de perspectiva, quizá no han tenido que ver sólo los Precarios, la COSCE y otros *lobbies* españoles, sino también la llamada Agenda de Lisboa que en el año 2000 postuló, con más optimismo que sentido de la medida, que Europa debería ser en 2010 la economía basada en el conocimiento más competitiva del mundo, haciendo con ello una singular pirueta entre el funambulismo circense y la perspectiva propiamente dicha.



«Llevamos 25 años repitiendo mecánicamente un modelo, que a lo mejor podría haber quedado obsoleto y necesitase un replanteamiento.»

El hecho es que se han producido incrementos de última hora en las partidas destinadas a I+D+i, aunque es discutible que estos incrementos se hayan asignado a los programas adecuados o vayan a cubrir las necesidades más perentorias del sistema.

Para empezar, el propio ministerio de tutela parece no profesar el mismo amor a sus dos hijas, la ciencia y la innovación, ya que ésta última parece ser la bien amada y en la que el ministerio pone todas

sus complacencias, de forma que el incremento sobrevenido y sorpresivo del patrimonio familiar, se destina con mayor liberalidad a completar la dote de esta hija agraciada con la «i» minúscula.

En segundo lugar, suele ocurrir que los grupos políticos, especialmente los de ámbito regional, actúan obviamente en defensa de sus feudos y de sus clientes particulares, sin prestar mayor atención a las necesidades generales del sistema o a su racionalidad funcional, y así, si los votos que deciden el presupuesto han procedido hogaño del País Vasco o de Canarias, los centros de I+D+i y asimilados de estos territorios obtienen el correspondiente plus, lo que les sirve para demostrar el poder de sus representantes en Madrid, pero si, por el contrario, los votos correspondiesen, como antaño, a partidos catalanes o gallegos, allá que se habrían ido diezmos y primicias.

Dejando ahora la elaboración y tramitación de los presupuestos generales del Estado, que es cuestión de ambiciones cortesanas y que, en cualquier caso, no son

más, que la financiación que aporta el sector empresarial español es particularmente insuficiente en términos comparativos por lo que, a pesar de todo, las Administraciones habrían hecho sus deberes al respecto mucho mejor que las empresas.

Ahora bien, ¿estamos seguros de que la distribución del gasto en I+D en el sistema es la correcta y que lo único que hay que hacer es engrosar todos y cada uno de los programas? ¿Tiene sentido reivindicar un incrementalismo generalizado y sin límite, o empezamos nosotros mismos a sugerir dónde hay que aumentar, dónde hay que mantener y dónde hay que recortar?

Quizá deberíamos pararnos a pensar que llevamos 25 años repitiendo mecánicamente un modelo, que a lo mejor podría haberse quedado obsoleto y que podría necesitar un replanteamiento porque, así a ojo y sin mayor aporte de datos, tengo mis dudas de que todas las convocatorias de becas o de proyectos estén necesitadas de incrementos. Tampoco estoy seguro de que seguir fomentando el minifundio científico, seguir contribuyendo liberal y unilateralmente al engrosamiento curricular de los investigadores y seguir aumentando el número de artículos de autores españoles en las bases de datos internacionales, sea la única o la mejor manera posible de emplear los dineros del contribuyente. A lo mejor podría ocurrir que una mayor alimentación indiscriminada del sistema lo condujese a la obesidad, y no a un desarrollo equilibrado y armónico.

A lo mejor, aprovechando que estamos en crisis, podríamos replantearnos el gasto del sistema, su distribución por programas y su eficiencia general, a estas alturas del siglo XXI, que son alturas muy diferentes de las del año 1986, cuando se promulgó la Ley de la Ciencia, de la que en última instancia procede el modelo aún vigente.

En 1991, el National Research Council de Estados Unidos elaboró un informe sobre la situación de la astronomía en aquel país¹ y en él, extrañamente, los astrofísicos no pedían más dinero para sus investigaciones, sino que establecían prioridades con la financiación que ya tenían, y alguna de ellas conducía a *painful choices*. El informe en cuestión ha quedado como modelo de honestidad intelectual y de la posibilidad real de que los propios científicos fijen prioridades.

¿Seríamos capaces los científicos españoles de aprovechar la presente crisis económica para adoptar algunas *painful choices* que nos condujesen hacia un sistema más eficiente, más competitivo, más exigente y más decididamente orientado a la excelencia?

fraudadas; deplora el nuevo divorcio ministerial de universidades y OPI; apunta a descoordinaciones en la política de I+D, tanto en el interior del gobierno, como en la articulación de su política científica con las de las comunidades autónomas, y postula una articulación de esta políti-

Xavier Obradors subraya el carácter no sostenible del modelo económico anterior a la crisis, basado en la quema de combustibles fósiles baratos, y postula las nanotecnologías como herramientas idóneas para superar las carencias de este modelo imperante; aduce los ejemplos virtuosos de la *Recovery Act* del presidente Obama y la decidida apuesta alemana por la I+D en medio de esta crisis, y diagnostica las relativas fortalezas españolas en la «I» del polinomio, frente a sus debilidades en la «D» y en la «i».



«El simple incremento en el gasto en I+D, no sería suficiente para un cambio de modelo económico ni para paliar la crisis económica en España.»

El cuarto y último artículo, de Ignacio Fernández de Lucio, ofrece una mirada muy diferente de la de los anteriores, ya que su puesto de observación no está tanto en la I+D, sino en el último elemento del polinomio: la «i». Describe este artículo, de manera quizá novedosa para muchos investigadores del sector público, las características de los sistemas de innovación en general, y las debilidades del español en particular, lo que le permite concluir que el simple incremento en el gasto en I+D, no sería suficiente para un cambio de modelo económico ni para paliar la crisis económica en España.

Eso sí que sería un *jamais vu* que llenaría de asombro a propios y extraños.

Este número de *SEBBM* dedica su dossier a ciencia y crisis, a través de las miradas y las opiniones de cuatro profesores muy comprometidos con la política científica española. Se trata en los cuatro casos, obviamente, de consideraciones de carácter personal, pero avaladas por amplios y brillantes currículos y quinquenios de experiencia.

Uxío Labarta lamenta que tras la experiencia fallida del Ministerio de Ciencia y Tecnología (MCyT), en la segunda legislatura de J.M. Aznar, se forjaran unas expectativas con la creación del nuevo Ministerio de Ciencia e Innovación (MICINN) que se vieron enseguida de-

ca en clave federal, a la vista de la evolución ocurrida en nuestro país en los últimos años.

Fernando Cossío aporta testimonios históricos que parecen demostrar que aun en tiempos de grave turbación, que diría San Ignacio, puede florecer la mejor ciencia y que aunque las políticas públicas de I+D+i suelen acompañar a los ciclos económicos, algunos países, como Finlandia o Corea, adoptaron en el pasado políticas anticíclicas que les dieron buenos resultados. Constata que en España el gasto en I+D y la actividad de los científicos, en general, parece gozar de estimación social y expresa su deseo de que el frágil sistema español no quede desarbado en exceso, tras el paso de este vendaval.

Espero que no me ciegue la pasión, por haber sido yo el responsable de haber elegido estas cuatro visiones diferentes sobre el tema de ciencia y crisis, que hoy se ofrecen a los lectores de *SEBBM*, pero créanme si les digo que envidio a quienes no las han leído todavía, porque aún les queda el placer intelectual de hacerlo. #

.....
Javier López Facal
 CSIC, MADRID

► Nota

¹ National Research Council: *The Decade of Discovery in Astronomy and Astrophysics*. Washington DC: National Academy Press, 1991.